

FRANCISCO LA CUEVA, *MOJIGANGA DEL GUSTO Y JACINTO DE AYALA, SARAO DE ARANJUEZ*, EDICIÓN, INTRODUCCIÓN Y NOTAS DE DAVID GONZÁLEZ RAMÍREZ, PUZ / IEA / IET / GOBIERNO DE ARAGÓN, ZARAGOZA / HUESCA / TERUEL, 2010 (COL. «LARUMBE», N° 67. LXXXI+190 PÁGS.).

DIEGO MEDINA POVEDA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

El buen quehacer filológico que David González Ramírez viene desarrollando desde hace años sobre la novela corta lo pone de relieve especialmente trabajos como el que en estas páginas voy a reseñar. Este campo de trabajo, que A. González de Amezúa bautizó como «novela cortesana» y otros han etiquetado como «novela barroca» (B. Ripoll), «novela corta marginada» (E. Rodríguez Cuadros), y sobre el que se pueden delimitar algunas parcelas (como la «novela culta» estudiada por R. Bonilla Cerezo), viene en los últimos años ganándose un puesto importante entre los estudios del Siglo de Oro. Varios grupos de investigación (entre ellos el coordinado por el citado R. Bonilla o por las profesoras M. Hernández e I. Colón Calderón) han propiciado reuniones científicas en esta última década, la preparación de volúmenes colectivos y la edición de muchas colecciones de novelas.

Las investigaciones del profesor González Ramírez han venido a confluir con este estado de buenaventura del que ha gozado la novela corta en estos años. La edición de estas dos obras que en un mismo volumen se recogen es un trabajo, como se explica en las páginas de la introducción, que deriva de su Tesis Doctoral: un estudio y edición crítica de la *Guía y avisos de forasteros* (Madrid, 1620), de la que también publicó una parte en su libro *Del taller de imprenta al texto crítico. Recepción y edición de la «Guía y avisos de forasteros» de Liñán y Verdugo* (Anejos de *Analecta Malacitana*, Universidad de Málaga, 2011). Pero quizá el lector pueda extrañarse, primero, por la vinculación entre esta obra de Liñán con estos otros títulos de La Cueva y Ayala, y, segundo, por la razón que ha movido a David González a recoger en un mismo volumen dos obras de diferentes autores: *Mojiganga del gusto* y *Sarao de Aranjuez*.

Una misma persona responde a ambas dudas (razonables por parte del lector): el librero de Zaragoza José Alfay (al que por cierto, González Ramírez ya le ha dedicado varios trabajos, publicados en las revistas *Alazet. Revista de Filología y Archivo de Filología Aragonesa*). Prácticamente cuatro décadas después de la salida de la primera edición de la *Guía y avisos de forasteros* este «mercader de libros» compuso uno (perteneciente a un género que parecía que ya había pasado de moda y cuyo título no oculta su ascendencia): *Mojiganga del gusto en seis novelas y estorbo de*

vicios (Zaragoza, 1662). El autor que aparecía en la portada era Francisco la Cueva y se decía «natural de la Villa de Madrid». Fue Cotarelo, como se nos explica en la introducción, el primero en descubrir este fraude editorial, pues ninguna de las novelas recogidas es original, todas son copias de libros ya publicados: de hecho el título que eligió y el nombre del autor eran muy parecidos a otros que ya existían en la época, un juego de despistes y disfraces que le sirvió a Alfay para filtrar su obra ante los órganos de control del libro).

Pero Cotarelo reveló la procedencia de cinco novelas (cuatro de la *Guía de Liñán* y una de las que Alemán intercaló en su *Guzmán de Alfarache*), y por extraño que parezca dejó por descubrir la autoría de una, la primera, que como evidencia González Ramírez, también es una de las novelas de la colección de Liñán y Verdugo. Pero además de las narraciones, la dedicatoria también es un plagio, en este caso del inicio de una de las novelas a Marcia Leonarda compuesta por Lope de Vega. Lo más curioso del caso es que el librero no se limitó a copiar a plana y renglón las novelas (o no del todo), sino que el comienzo de cada una, algún final y en cierta ocasión los nombres propios, fueron modificados, quizá para potenciar el juego de desorientación ante el lector o ante la censura. Y también resulta llamativo que le pusiese un título a cada novela (ni las de la *Guía* lo llevaban ni tampoco la que compuso Alemán), para no desentonar con los libros de este género.

Si la historia de este timo literario hasta ahora no tiene desperdicio, hay que advertirle al lector que las ingeniosidades del librero de Zaragoza aún no terminaron con esta operación de fraude y engaño. Presuntamente (y es bueno que destaquemos el lenguaje jurídico) en 1666 salió una colección de novelas titulada *Sarao de Aranjuez* bajo la autoría de Jacinto Ayala, «natural de Madrid». El engaño de esta colección ya fue descubierto hace años por algunos investigadores, pero por lo que narra David González en este trabajo todos han explicado mal el proceso de edición e impresión. Según esta investigación, Alfay no volvió a imprimir la obra, sino que aprovechó los pliegos ya impresos para la *Mojiganga*, mandó imprimir una nueva portada y unos preliminares también rehechos, y los vendió como una obra nueva. Por tanto, como ha puesto en evidencia González Ramírez, un cotejo de ambos testimonios nos obliga a distinguir el *Sarao de Aranjuez* como una segunda emisión de la *Mojiganga del gusto*. Alfay puso en venta dos libros de una misma tirada. No obstante, como nos ilustra el profesor González Ramírez, ni desde el punto de vista legal ni desde el literario podemos sacar falsas conclusiones: «Es por esto por lo que la *Mojiganga del gusto*, desde el punto de vista literario, representa un fraude, en tanto que se plagiaron con descaro obras pertenecientes a otros autores y fueron atribuidas a un fingido autor. Sin embargo, desde el punto de vista legal, la edición cumplía con los requisitos reglamentarios. A esta impostura hay que añadirle que cuatro años

más tarde parte de esta edición fue sustituida por nuevos pliegos y los cuerpos de los volúmenes anteriores revendidos bajo un autor y título originalmente fingidos. El *Sarao de Aranjuez*, nuevo título con el que se lanzó al mercado la vieja *Mojiganga del gusto*, es una falsificación literaria y una estafa editorial; al pie de su portada deslumbraba la rutinaria fórmula “Con licencia”, que no era más que una engañifa, pues, como ya he apuntado, carecía del informe favorable del censor y de la propia autorización legal» (pág. L).

De los preliminares del *Sarao de Aranjuez* la crítica no había indicado nada, pero desconfiado por «los antecedentes delictivos» de este librero, David González sospechaba que unos folios preliminares dedicados al «Asiento y planta de Madrid» no habían podido ser escritos por José Alfay. En efecto, sus averiguaciones han dado resultado y ha podido constatar que esta parte está formada por tres textos de diferente origen; Alfay copió de la obra de Jerónimo de Quintana titulada *A la muy antigua, noble y coronada villa de Madrid*, de las *Meriendas del ingenio* de Andrés de Prado y de la *Sala de recreación* de Castillo Solórzano, obra que por cierto había editado él mismo en 1649. Es obvio que esta reelaboración no salió sin que se le viesen las costuras. Resulta que el nuevo prólogo se contradice con lo que después leeremos, y se advierten muchas incoherencias (destacadas todas por González Ramírez, págs. LXVIII-LXXI). Pero probablemente esto es lo que menos preocupase al librero.

Todo esto y mucho más (y mejor) ha sido explicado por David González en las páginas de la introducción, que se completa con un apéndice en el que se nos da cuenta de las obras literarias (porque no le interesó de otro tipo) que costeó Alfay en los más de veinte años en los que estuvo como editor. La última fue su conocida antología titulada *Poesías varias de grandes ingenios españoles*, sobre la que existe una enredada trama editorial que González Ramírez ha prometido desde estas páginas explicar en una investigación independiente.

En cuanto a la edición de los textos, esta se presenta con gran pulcritud, como cabía esperar de un estudioso con la formación filológica de David González. En primer lugar aparece íntegra la edición de la *Mojiganga del gusto* y justo después podemos leer los preliminares (el cuerpo del texto no varió, pues salió de la misma impresión) del *Sarao de Aranjuez*. Todos los textos (prólogos, dedicatorias, novelas...) vienen acompañados de un importante número de notas a pie de página (más de cuatrocientas); en tales notas el profesor González Ramírez ha querido «ejemplificar» con textos literarios coetáneos «frases, términos o ideas generalizadas que tienen alguna repercusión en el contexto literario». Pero además ha realizado «una confrontación minuciosa del texto original editado por Alfay con las dos primeras ediciones de la *Guía y avisos de forasteros* de Liñán y Verdugo» y ha «anotado aquellas variantes más sustanciosas con respecto a la primera edición» (incluido en

este caso los comienzos originales que redactaron Liñán y Alemán, y que cambió Alfay), y en ocasiones se ha servido de este testimonio para corregir algunas malas lecturas, pues el texto que se siguió en la imprenta de Zaragoza fue la segunda edición de la *Guía*, «que cometía algunos desbarres» con la princeps (págs. LXXIX-LXXX).

En definitiva, se trata de un trabajo muy serio, de gran rigor, hecho con entusiasmo y devoción filo lógica, como se deduce de las páginas de la introducción, en las que el investigador consigue en seguida sumergir al lector en la trama detectivesca que le ha llevado a descubrir los plagios y los vínculos entre un título y otro. Pero como advierte el propio González Ramírez, no todo está cerrado con este importante trabajo de investigación: «han quedado algunos textos sin localizar; en estos casos (me refiero a aquellas partes que presuntamente escribió sin tener a la vista obras originales), la presunción de inocencia no ampara a Alfay, pero en todo caso habrá que esperar a que se descubran esos posibles plagios. Por otra parte, al igual que no descarto la posibilidad de que las reescrituras de los inicios y otras alteraciones en el cuerpo de las novelas fuesen elaboradas por él (así como el paratexto del *Sarao*, donde se limitó a zurcir fragmentos de obras que tenía a su mano), tampoco silencio que el prólogo y la introducción de la *Mojiganga* —ésta es mi impresión— pudieron ser redactados por algún amigo escritor próximo a su círculo» (pág. LXXX).

Como venía a decir una máxima senequista, el tiempo todo lo revela, y al igual que ahora David González, con el magnífico estudio que nos ha presentado, nos ha acercado más al taller de composición de Alfay, a sus herramientas de trabajo, de lo que pudo hacerlo Cotarelo, vendrán otros, como enanos a hombros de gigantes, que arrojen nueva luz sobre aquellas páginas oscuras de nuestros textos áureos.